

dado su última bendición y su último beso á la doncella pura y casta.

A las siete de la mañana el barón, en el colmo de la dicha, pues había hallado en su Valeria á la joven más inocente y al diablillo más consumado, volvió á su casa á devolver su libertad á los jóvenes Hulot.

Aquellos bailadores y bailadoras, extraños casi en la casa y que acaban por apoderarse del terreno en todas las bodas, se entregaban á esas interminables últimas contradanzas llamadas cotillones; los jugadores estaban aferrados á sus mesas y Crevel ganaba seis mil francos.

Los periódicos distribuidos por los repartidores, contenían la siguiente gaceta:

«Esta mañana se efectuó en Santo Tomás de Aquino el matrimonio del conde de Steinbock con la señorita doña Hortensia Hulot, hija del barón Hulot de Hervy, consejero de Estado y director del ministerio de la Guerra, y sobrina del ilustre conde de Forzheim. Esta solemnidad llevó allí á mucha gente, entre la cual se veía á nuestras celebridades artísticas: León de Lora, José Bridau, Stidmann, Bixiou; á las notabilidades de la administración de Guerra y del consejo de Estado, á varios miembros de ambas Cámaras, y á lo más distinguido de la emigración polaca, como los condes Paz, Laginski, etc.

»El señor conde Wenceslao Steinbock es sobrino segundo del célebre general de Carlos XII, rey de Suecia. El joven conde, que tomó parte en la insurrección, vino á buscar asilo á Francia, donde la justa celebridad de su talento le ha valido el adquirir carta de naturaleza.»

Ya se ve cómo, á pesar de la espantosa situación del barón Hulot de Hervy, no faltó nada de lo que exige la opinión pública, ni siquiera la celebridad dada por los periódicos al matrimonio de su hija, cuya celebración fué en un todo semejante á la del de Hulot hijo con la señorita Crevel. Esta fiesta atenuó los rumores que corrían acerca de la situación financiera del director, pues la dote de su hija explicó la necesidad en que se halló de tener que recurrir al crédito.

Aquí termina de cierto modo la introducción de esta historia. Este relato es en este drama que lo completa, lo que son las premisas en una oración, lo que es toda exposición en toda tragedia clásica.

CAPÍTULO XV

Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Marneffe

En París, cuando una mujer ha resuelto comerciar con su belleza, no siempre logra hacer fortuna. Hay en esta ciudad admirables criaturas, muy inteligentes, que están en una espantosa situación y acaban muy mal una vida comenzada con el tráfico de los placeres. He aquí por qué: dedicarse á la vergonzosa carrera de mujer libre con intención de obtener beneficios, conservando las apariencias de casada honesta, no basta. El vicio no obtiene fácilmente sus triunfos y en esto se semeja al genio, pues ambos exigen un concurso de circunstancias felices para operar el cúmulo de la fortuna y del talento. Suprimid las extrañas fases de la revolución y el emperador no existiría: sólo hubiera sido una segunda edición de Fabert. La belleza corriente sin aficionados, sin celebridad, sin la cruz de deshonra que le da la fama de fortunas disipadas, es un Corregio en un desván, es el genio expirando en su buhardilla. Una Laís, en París, debe pues, ante todo, encontrar un hombre rico que se apasione por ella hasta el punto de pagarla por lo que vale. Ella, por su parte, tiene que conservar una gran elegancia que viene á ser su anuncio, tiene que tener porte que halague el amor propio de los hombres y poseer ese ingenio á lo Sofia Arnould, que despierte la apatía de los ricos, y debe, en fin, hacerse desear por los libertinos pareciendo ser fiel á uno solo, cuya dicha es entonces envidiada.

Estas condiciones, que esa clase de mujeres llaman *suerte*, se realizan difícilmente en París, á pesar de ser esta ciudad llena de millonarios, de desocupados y de gentes hastiadas. La Providencia ha protegido en esto, sin duda, á los matrimonios de empleados y á la pequeña burguesía, para quienes estos obstáculos están por lo menos duplicados á causa del medio en que realizan sus evoluciones. Sin embargo, hay en París bastantes señoras Marneffes, para que Valeria deba figurar como tipo en esta historia de costumbres. De estas mujeres, unas obedecen á la vez á pasiones verdaderas y á la necesidad, como la señora Colleville, que estuvo liada durante mucho tiempo con uno de los oradores más célebres del partido de la izquierda, con el banquero Keller; otras

lo hacen por vanidad, como la señora Baudraye, que siguió siendo honrada á pesar de su huida con Lousteau; aquéllas son arrastradas por las exigencias del lujo, y estas otras por la imposibilidad de atender á los gastos de su hogar con sueldos demasiado exiguos. La parsimonia del Estado causa muchas desgracias y engendra muchas corrupciones. En este momento se habla mucho acerca de la situación de las clases obreras y se las considera explotadas por el fabricante, pero el Estado es cien veces más duro que el industrial más avaro: en materia de sueldos lleva la economía hasta un límite imposible. Trabajad mucho y la industria os paga á razón de vuestro trabajo, pero ¿que da el Estado á ese sinnúmero de oscuros y adictos trabajadores?

Desviarse del sendero del honor es en la mujer casada inexcusable crimen, pero hay en esta situación muchos grados. Algunas mujeres, lejos de ser depravadas, ocultan sus faltas y siguen siendo honradas en apariencia, como las dos cuyas aventuras acaban de ser relatadas, mientras que otras unen á su causa las ignominias de la especulación. La señora Marneffe es, pues, en cierto modo, el tipo de esas ambiciosas casadas que desde un principio aceptan la depravación con todas sus consecuencias y que están decididas á hacer fortuna, divirtiéndose sin tener en cuenta los medios; pero que tienen siempre á sus maridos por embaucadores y cómplices. Estos Maquiavelos con faldas son las mujeres más peligrosas, y de las malas especies parisienses, es la peor. Una verdadera libertina como las Josefas, las Schontz, las Málaga y las Jenny Cadine, etc., lleva en la franqueza de su situación una advertencia tan luminosa como la linterna roja de la prostitución ó como las lámparas del treinta y cuarenta, y entonces el hombre sabe que se expone á la ruina. Pero la almibarada honradez, las apariencias de virtud y los manejos hipócritas de una mujer casada que no deja nunca ver más que las necesidades vulgares de un hogar y que se niega aparentemente á las locuras, provoca silenciosas ruinas que son tanto más singulares cuanto que todo el mundo las excusa al no poder explicárselas. Es el innoble libro de gastos y no la gozosa fantasía lo que devora las fortunas. Un padre de familia se arruina sin gloria, y le falta en la miseria el gran consuelo de la vanidad satisfecha.

Esta retahila va como una flecha al corazón de muchas

familias. En todas las esferas de la vida social se ven señoras Marneffes, hasta en las cortes, pues Valeria es una triste realidad en sus menores detalles. Desgraciadamente, este retrato no corregirá á nadie de la manía de enamorarse de ángeles de dulce sonrisa, de aire soñador y de cara cándida, pero cuyo corazón es un abismo.

Unos tres años después del matrimonio de Hortensia, en 1814, el barón Hulot de Ervy pasaba por haberse moderado, por haberse contenido, y, sin embargo, la señora Marneffe le costaba dos veces más que lo que le había costado Josefa. Pero Valeria, aunque iba siempre bien vestida, afectaba la sencillez de una mujer casada con un sujeto: guardaba el lujo para sus batas, para su casa, y así sacrificaba sus vanidades de parisiense en favor de su querido Héctor. Sin embargo, cuando iba al teatro se presentaba siempre con un bonito sombrero y un traje de gran elegancia, y el barón la acompañaba en coche para llevarla á algún palco escogido.

La habitación de la calle de Vanneau, que ocupaba todo el segundo piso de un palacio moderno situado entre patio y jardín, respiraba honradez. El lujo consistía en colgaduras de Persia y hermosos y cómodos muebles. Por excepción, el dormitorio ofrecía las profusiones hechas para las Jenny Cadine y las Schontz, tales como cortinas de encaje, cachemiras, colgaduras de brocado y una guarnición de chimenea cuyos modelos habían sido hechos por Stidmann. Hulot no había querido ver á su Valeria en un nido inferior en magnificencia al cenagal de oro y de perlas de una Josefa. Las dos piezas principales, el salón y el comedor, habían sido amueblados, la una con damasco rojo y la otra con encina esculpida. Pero llevado del deseo de ponerlo todo en armonía, al cabo de seis meses el barón había añadido el lujo sólido al lujo efímero, regalándole grandes muebles, como por ejemplo un servicio de plata cuya factura pasaba de veinticuatro mil francos.

La casa de la señora Marneffe adquirió en dos años reputación de ser muy agradable. Se jugaba en ella, y Valeria no tardó en adquirir fama de mujer amable y distinguida. Para justificar el cambio de su situación, corrió el rumor de un inmenso legado que su padre natural, el mariscal de Montcornet, le había transmitido mediante un fideicomiso. Movidá por su afán de medrar, Valeria había

añadido la hipocresía religiosa á la hipocresía social. Puntual á los oficios del domingo, presidió mesas petitorias, se hizo dama de la caridad é hizo algunas obras buenas en el barrio, todo á costa de Héctor. Todo en su casa era honrado, según las gentes que afirmaban la pureza de sus relaciones con el barón, objetando la edad del consejero de Estado, á quien atribuían un gusto platónico por la gentileza, los modales, el encanto y la conversación de la señora Marneffe.

El barón se retiraba á eso de las doce de la noche con todo el mundo, y volvía al cabo de un cuarto de hora. He aquí el secreto de este profundo secreto.

Los porteros de la casa eran los señores Olivier, los cuales, por recomendación del barón, que era amigo del propietario, habían pasado de su oscuro y poco lucrativo cuarto de la calle del Doyenné á la productiva y magnífica portería de la calle de Vanneau. Ahora bien, la señora Olivier, costurera de la casa de Carlos X, que había perdido su posición al caer la monarquía legítima, tenía tres hijos. El mayor, pasante de notario, era objeto de la adoración de los esposos Olivier. Este Benjamín, amenazado de ser soldado durante seis años, iba á ver interrumpida su brillante carrera, cuando la señora Marneffe le libró del servicio militar pretextando uno de esos vicios de conformación que los consejos de revisión saben descubrir cuando así se lo recomienda algún poder ministerial. Olivier, antiguo piquero de Carlos X, y su esposa, se hubieran dejado, pues, matar por el barón Hulot y la señora Marneffe.

¿Qué podía decir la gente, que conocía el antecedente del brasileño señor Montes de Montejanos? Nada. Por otra parte, la gente se muestra siempre indulgentísima con una dueña de un salón donde se pasa bien la noche. A todos sus atractivos, la señora Marneffe añadía la ventaja de ser un poder oculto. Claudio Vignon, que había pasado á ser secretario del mariscal príncipe de Wissembourg, y que soñaba con pertenecer al consejo de Estado en calidad de refrendario, era concurrente á aquel salón adonde acudían también algunos diputados que eran buenos muchachos y jugadores. La sociedad de la señora Marneffe se había formado con sabia lentitud, y las agregaciones sólo se admitían tratándose de gentes de opiniones y costumbres regulares interesadas en sostener y proclamar los méritos

infinitos de la dueña de la casa. Retened este axioma: el compadrazgo es en París la verdadera santa alianza. Los intereses acaban siempre por dividirse, y las gentes viciosas se entienden siempre.

Al tercer mes de su instalación en la calle Vanneau, la señora Marneffe recibía ya al señor Crevel, nombrado casi en seguida alcalde de su distrito y oficial de la Legión de honor. Crevel vaciló algún tiempo: se trataba de dejar aquel célebre uniforme de guardia nacional, con el que se pavoneaba en las Tullerías, creyéndose tan militar como el emperador, pero la ambición, aconsejada por la señora Marneffe, fué más fuerte que la vanidad. El señor alcalde había juzgado sus relaciones con la señorita Eloísa Brisetout completamente incompatibles con su actitud política. Mucho tiempo antes de su advenimiento al trono de la alcaldía, sus galanterías fueron rodeadas del más profundo misterio. Pero, como se comprenderá, Crevel había pagado el derecho á tomar la revancha del rapto de Josefa tan frecuentemente como quisiese, mediante una inscripción de seis mil francos de renta á nombre de Valeria Fortín, esposa separada en bienes del señor Marneffe. Valeria, dotada tal vez por su madre del genio particular de la mujer de vida alegre, advinó al primer golpe de vista el carácter de aquel grotesco adorador. Las palabras: «Jamás he poseído á una mujer de mundo», dichas por Crevel á Isabel y repetidas por ésta á su querida Valeria, habían sido cobradas con usura en la transacción á que debió ella sus seis mil francos de renta al cinco por ciento. Después, Valeria procuró no perder su prestigio á los ojos del antiguo viajante de César Birotteau.

Crevel había hecho un matrimonio por interés casándose con la hija única de un molinero de la Brie, cuyas herencias formaban las tres cuartas partes de su fortuna, pues la mayor parte de las veces los vendedores al por menor se enriquecen, mas bien que con los negocios, con la alianza de la tienda y de la economía rural. Gran número de cortijeros, de molineros, de ganaderos y de labradores de las cercanías de París sueñan con las glorias del mostrador para sus hijas y ven en un tendero, en un joyero ó en un cambista, un yerno con más satisfacción que si fuese notario ó procurador, cuya elevación social les inquieta, pues temen ser despreciados después por estas eminencias burguesas. La señora Crevel, mujer bastante fea, muy vulgar y muy tonta, y que murió

con oportunidad, no había procurado á su marido más placeres que los de la paternidad. Ahora bien, al principio de su carrera comercial este libertino, encadenado por los deberes de su profesión y contenido por la indigencia, había desempeñado el papel de Tántalo. En relación, según él, con las mujeres más distinguidas de París, las acompañaba hasta la puerta con saludos de tendero, admirando su gracia, su manera de llevar las modas y todos los efectos anónimos de lo que se llama *la raza*. Elevarse hasta una de aquellas hadas de salón era un deseo concebido desde su juventud y comprimido en su corazón. *Obtener los favores* de la señora Marneffe fué pues, para él, no sólo la realización de su quimera, sino además una cuestión de orgullo, de vanidad y de amor propio, como se ha visto. La ambición se acrecentó con el éxito, sintió enormes goces de cabeza, y cuando la cabeza está perdida el corazón se resiente y la dicha se decuplica. La señora Marneffe presentó por otra parte á Crevel refinamientos que él no sospechaba, pues ni Josefa ni Eloísa le habían amado, mientras que la señora Marneffe juzgó necesario engañar bien á aquel hombre, en quien veía una caja eterna. Los engaños del amor falso son más encantadores que la realidad. El amor verdadero implica disputas en que se hiere de veras, pero la querella en broma es por el contrario una caricia hecha al amor propio del burlado. De esta suerte, la rareza de las entrevistas mantenía en estado de pasión el deseo de Crevel, que chocaba siempre contra la virtuosa dureza de Valeria, la cual fingía remordimientos y hablaba de lo que su padre podía pensar de ella en el paraíso de los valientes. El buen hombre tenía que vencer una especie de frialdad de la que la astuta comadre le hacía creer que triunfaba: parecía ella ceder á la pasión loca de aquel burgués, pero recobraba como avergonzada su orgullo de mujer decente y sus aires de virtud, enteramente lo mismo que una inglesa, y aplastaba siempre á su Crevel con el peso de su dignidad, pues Crevel la había juzgado virtuosa desde el principio. En fin, Valeria poseía especialidades de ternura que hacían que fuese tan indispensable á Crevel como al barón. En presencia del mundo, ofrecía el encantador enlace del candor púdico y soñador, de la decencia irreprochable y del ingenio realzado por la gentileza, por la gracia y por los modales de criolla; pero en la conferencia íntima y familiar, excedía á las libertinas y era

picaresca, entretenida y fértil en invenciones nuevas. Este contraste resulta agradabilísimo para los tipos como Crevel, que se sienten adulados creyendo ser los únicos autores de aquella comedia, de la cual se figuran disfrutar solos, y que se rien de aquella deliciosa hipocresía admirando á la actriz.

Valeria se había apropiado admirablemente al barón Hulot y le había obligado á envejecer mediante una de esas finas adulaciones que puede servir para dar una idea del espíritu diabólico de esta clase de mujeres. En las organizaciones privilegiadas llega un momento en que se declara al fin la verdadera situación, como una plaza sitiada que se resiste por mucho tiempo. Previendo la próxima disolución del grupo del Imperio, Valeria juzgó necesario precipitarla, y seis meses después de su casamiento clandestino y doblemente adulterino, le dijo:

—Viejo mío, ¿por qué te compones tanto? ¿tienes acaso pretensiones? ¿quieres por ventura serme infiel? A mí me gustarías más si no te atildases tanto. Hazme el sacrificio de tus gracias postizas. ¿Crees tú acaso que te amo yo por el betún de tus botas, por tu cinturón de caucho, por tu chaleco de fuerza ó por tu tupé postizo? Además, que cuanto más viejo seas menos temor tendré de que una rival me arrebatase á mi Hulot.

Creyendo en la amistad divina tanto como en el amor de la señora Marneffe, con la cual contaba acabar sus días el consejero de Estado, había seguido este consejo privado cesando de teñirse las patillas y el cabello. Después de haber recibido de Valeria esta conmovedora declaración, el grande y hermoso Héctor se presentó un día completamente canoso. La señora Marneffe le probó fácilmente á su querido Héctor que había visto cien veces la línea blanca formada por el crecimiento de los cabellos.

—Los cabellos blancos sientan admirablemente á su cara —dijo ella al verle;— la suavizan. Está usted mucho mejor, así está encantador.

En fin, el barón, una vez lanzado por esta senda se quitó el chaleco de piel y el corsé y se desembarazó de todas sus correas. El vientre entonces cayó y la obesidad se hizo patente. El noble se convirtió en una torre y la pesadez de los movimientos fué tanto más espantosa cuanto que el barón envejeció prodigiosamente desempeñando el papel de Luis XII. Las cejas siguieron siendo negras y recordaron vagamente

al guapo Hulot, del mismo modo que en algunos restos de ruinas feudales se conserva un ligero detalle de escultura para hacer ver lo que fué el castillo en sus buenos tiempos. Esta discordancia tornaba la mirada, animada y joven aun, tanto más extraña en su cara morena, cuanto que allí donde por mucho tiempo florecieron tonos de carne á lo Rubens se veían, por ciertas ajaduras y por el profundo surco de las arrugas, los esfuerzos de una pasión en pugna con la naturaleza. Hulot fué entonces una de esas hermosas ruinas humanas en las que la virilidad se nota en esos mechones de pelo en los oídos, en la nariz y en los dedos, produciendo el efecto de los musgos que brotan en los monumentos casi eternos del mundo romano.

¿Cómo había podido Valeria mantener á Crevel y á Hulot á un mismo tiempo en su casa, cuando el vengativo jefe de batallón deseaba triunfar ruidosamente de Hulot? Sin responder inmediatamente á esta pregunta, que ya será contestada en el transcurso de este drama, hemos de advertir aquí que Isabel y Valeria habían inventado entre las dos una prodigiosa máquina cuyo poderoso juego contribuía á este resultado. Marneffe, al ver á su mujer embellecida por el medio ambiente que ocupaba, como el sol de un sistema sideral, parecía á los ojos del mundo haber sentido encendarse su pasión y se sintió loco de amor por su mujer. Si estos celos convertían al señor Marneffe en un gran estorbo, daban en cambio un valor extraordinario á los favores de Valeria. Marneffe daba sin embargo muestras de gran confianza en su director, confianza que degeneraba en una bondad casi ridícula. El solo personaje que le irritaba era precisamente Crevel.

Marneffe, destruido por esos excesos propios de las grandes capitales, excesos que fueron descritos por los poetas romanos y para los que nuestro pudor moderno no tiene nombre, se había vuelto horrible como una figura anatómica de cera. Pero aquella enfermedad ambulante vestida de hermoso paño, balanceaba sus piernas como espátulas en un elegante pantalón. Aquel pecho descarnado se perfumaba con blancas ropas, y el almizcle ocultaba los fétidos olores de la podredumbre humana. Aquella fealdad del vicio expirante pero lleno de afeites y de lujo, pues Valeria había puesto á Marneffe en armonía con su fortuna, con su cruz y con su destino, asustaba á Crevel, el cual no sostenía fácilmente la mirada de los blancos ojos del subyefe. Mar-

neffe era la pesadilla del alcalde. Al notar el singular poder que Isabel y su mujer le habían conferido, este malvado píllo se divertía con él y lo manejaba como un instrumento, y, siendo las cartas el último recurso de aquella alma tan gastada como el cuerpo, desplumaba á Crevel, que se creía obligado á ser complaciente con el respetable funcionario *¡á quien engañaba!*

Al ver á Crevel tan niño ante aquella horrible é infame momia cuya corrupción era para el alcalde un secreto, y al verle sobre todo tan profundamente despreciado por Valeria, que se reía de Crevel como se ríe uno de un bufón, el barón se creía tan al abrigo de toda rivalidad, que le convidaba constantemente á comer.

Valeria, protegida por estas dos pasiones alerta y por un marido celoso, atraía todas las miradas y excitaba todos los deseos en el círculo en que reinaba. Así es que, guardando las apariencias había llegado en tres años á realizar las condiciones más difíciles del éxito que buscan las libertinas y que tan rara vez realizan ayudadas por el escándalo, por su audacia y por el brillo de su vida pública. Como un diamante bien tallado que hubiera sido montado por Chanor admirablemente, la belleza de Valeria, escondida poco antes en la mina de la calle de Doyenné, valía más de lo que debía y hacía desgraciados á muchos... ¡Claudio Vignon amaba á Valeria en secreto!

Esta explicación retrospectiva, bastante necesaria cuando se vuelve á ver á la gente al cabo de tres años transcurridos, viene á ser el balance de Valeria. He aquí ahora el de su asociada Isabel.

CAPÍTULO XVI

Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Fischer

La prima Bel ocupaba en la casa Marneffe la posición de una parienta que hubiera acumulado en sí las funciones de dama de compañía y camarera; pero ignoraba las dobles humillaciones que afligen la mayor parte del tiempo á las criaturas que tienen la desgracia de tener que aceptar estas posiciones ambiguas. Isabel y Valeria ofrecían el espectáculo

conmover de una de esas amistades tan vivas y tan poco probables entre mujeres, que las parisienses, que son siempre demasiado ocurrentes, las calumnian en seguida. Aquel contraste de la naturaleza seca y varonil de la lorenesa con la hermosa naturaleza fina de Valeria, sirvió de pasto á la calumnia. Por lo demás, la señora Marneffe había dado apariencias de verdad, sin saberlo, á la chismografía, con los cuidados que tributó á su amiga, llevada de un interés matrimonial que había de hacer completa la venganza de Isabel, según se va á ver en seguida. En el modo de ser de la prima Bel se había operado una inmensa revolución, pues Valeria, que quería vestirla, había sacado de esto un gran partido. Aquella singular muchacha, sometida ahora al corsé, gastaba perfumes para peinarse sus lisos cabellos, aceptaba sus vestidos tal como se los entregaba la costurera, llevaba borceguies escogidos y medias de seda grises, todo ello incluido en las facturas de Valeria y pagado como es consiguiente por Hulot. Transformada de este modo, siempre con cachemira amarilla, Bel no hubiese sido conocida por los que la habían visto tres años antes. Este otro diamante negro, que es el diamante más raro, tallado por una mano hábil y convenientemente montado, era apreciado en todo su valor por algunos empleados ambiciosos. El que veía á Bel por primera vez, se estremecía involuntariamente al notar la agreste poesía que la hábil Valeria había sabido poner de relieve cultivando con adornos á aquella monja y sabiendo coronar con arte, mediante espesas bandas de pelo, aquella cara seca y verdosa en la que brillaban unos ojos de un color negro semejante al de los cabellos. Bel, al igual que una virgen de Cranach y de Van Dyck, como una virgen bizantina, salidas de sus marcos, conservaba la rigidez y la corrección de aquellas caras misteriosas, primas hermanas de Isis y de las imágenes puestas en las repisas por los escultores egipcios. Aquello era una especie de granito, de basalto ó pórfido que andaba. Libre de la miseria para el resto de su vida, Bel tenía muy buen humor y llevaba la alegría á todas las casas á donde iba á comer. Por otra parte, el barón pagaba el alquiler del cuartito, amueblado como es sabido, con los desechos del tocador y del cuarto de su amiga Valeria. La solterona solía decir: «Después de haber empezado una vida como una cabra hambrienta, he acabado como una leona.» Continuaba confeccionando las obras más difíciles de la pasamanería para el señor Rive-

pero, según ella, lo hacía para no perder el tiempo. Y sin embargo, como se va á ver, su vida estaba ocupadísima; pero en el alma de las gentes llegadas del campo está grabada siempre la idea de no abandonar nunca el *modus vivendi*, semejándose en esto á los judíos.

Todas las mañanas, la prima Bel iba en persona al mercado con la cocinera. En el plan de Bel, el libro de gastos que arruinaba á Hulot tenía que enriquecer á su querida Valeria, y la enriquecía en efecto.

¿Cuál es la dueña de casa que desde 1838 no ha experimentado los funestos resultados de las doctrinas antisociales extendidas entre las clases inferiores por escritores incendiarios? En todas las casas la plaga de los criados es hoy la mayor de las plagas financieras. Con muy raras excepciones que merecerían hoy premio, los cocineros son ladrones domésticos, ladrones descarados, de los cuales se ha hecho encubridor el gobierno desarrollando la inclinación al robo, autorizado casi á las cocineras con la antigua broma acerca de la *sisá*. En las casas en que estas mujeres buscaban antes dos francos para un billete de lotería, toman hoy cincuenta francos para la caja de ahorros. ¡Y los fríos puritanos que se entretienen en hacer en Francia experiencias filantrópicas creen haber moralizado al pueblo! Entre la mesa de los amos y el mercado, los criados han establecido su impuesto secreto, y la villa de París no es tan hábil para percibir sus derechos de consumos como lo son ellos para sacar los suyos de todo. Además del cincuenta por ciento con que gravan las provisiones de boca, exigen grandes aguinaldos á los comerciantes. Los tenderos de más talla tiemblan ante este poder oculto, y todos sin distinción lo subvencionan: cocheros, joyeros, sastres, etc. Al que intenta vigilar á sus criados éstos le contestan con insolencias ó con las costosas tonterías de una fingida torpeza, y hoy toman ellos informes de los amos como antes los amos los tomaban de ellos. El mal, que ha llegado ya al colmo y contra el que los tribunales empiezan, aunque en vano, á proceder, no puede desaparecer á no ser mediante una ley que obligue á los criados á la cartilla del obrero. Entonces el mal cesaría como por encanto. Todo criado estaría obligado á presentar su cartilla y los amos á consignar en ella la causa de la expulsión, y así es indudable que la desmoralización encontraría un gran freno. Las gentes que se ocupan de elevada política de actualidad, ignoran

hasta dónde llega la depravación de las clases inferiores en París y no saben que iguala á la envidia que los devora. La estadística no consigna el sinnúmero de obreros de veinte años que se casan con cocineras de cuarenta y cinco años, enriquecidas con el robo. Se tiembla al pensar en las consecuencias de semejantes uniones, desde el triple punto de vista de la criminalidad, de la degradación de la raza y de los malos matrimonios. Respecto al daño puramente financiero producido por los robos domésticos, es enorme desde el punto de vista político. La vida, encarecida así el doble, prohíbe lo superfluo en muchos hogares. ¡Lo superfluo... es la mitad del comercio de los Estados, como es la elegancia de la vida. Para muchas gentes, los libros y las flores son tan necesarios como el pan.

Isabel, que conocía esta importante plaga de las casas de París, pensaba dirigir el hogar de Valeria al prometerle su apoyo en la terrible escena en que ambas se habían jurado ser dos hermanas, así es que había hecho venir del interior de los Vosgos á una parienta por parte de madre, antigua cocinera del obispo de Nancy, solterona piadosa y de gran probidad. Sin embargo, temiendo su inexperiencia en París y sobre todo los malos consejos que pervierten al criado leal, Isabel acompañaba á Maturina al mercado y procuraba acotumbrarla á saber comprar. Conocer el verdadero precio de las cosas para que el vendedor no abuse, comer platos su actualidad, como el pescado, por ejemplo, cuando no son caros, estar al corriente acerca del valor de los comestibles y presentir el alza para comprar en baja, ese espíritu de dueña de casa es, en París, lo más necesario para la economía doméstica. Como Maturina percibía buena soldada y gran número de regalos, tenía bastante apego á la casa para sentir satisfacción con las compras baratas, de modo que hacía ya algún tiempo que competía con Isabel, la cual creía ya bastante instruída para no ir al mercado más que los días en que Valeria tenía gente, lo cual ocurría con bastante frecuencia. He aquí por qué. El barón había empezado por guardar el más estricto decoro: pero su pasión por la señora Marneffe se había vuelto en poco tiempo tan viva y tan ávida, que deseó dejarla lo menos posible. Después de haber comido allí cuatro veces á la semana, le pareció entonces hacerle todos los días. Seis meses después del matrimonio de su hija, dió dos mil francos mensuales á título de

pensión. La señora Marneffe invitaba á las personas cuyo trato gustaba á su querido barón y, por otra parte, como que se hacía siempre comida para seis, el barón podía llevar otras personas de improviso, siempre que él lo deseara. Isabel resolvió con su economía el problema extraordinario de sostener espléndidamente aquella mesa mediante la suma de mil francos y dar mil francos al mes á la señora Marneffe. Como que el tocado de Valeria era pagado espléndidamente por Crevel y por Hulot, las dos amigas sacaban aún otros mil francos al mes de estos gastos. De esta suerte, aquella mujer tan pura y tan cándida poseía entonces unos ciento cincuenta mil francos de economías, pues había acumulado sus rentas y sus beneficios mensuales capitalizándolos y aumentándolos con enormes ganancias debidas á la generosidad con que Crevel hacía participar al capital de su *duquesita* de la buena suerte de sus operaciones financieras. Crevel había iniciado á Valeria en la jerga y en las especulaciones de Bolsa, y, como todas las parisienses, al poco tiempo sabía más que su maestra Isabel, que no gastaba un céntimo de sus mil doscientos francos, y cuyo alquiler y demás gastos estaban pagados, poseyendo también un capitalito de cinco á seis mil francos que Crevel le manejaba paternalmente.

Esto no obstante, el amor del barón y el de Crevel eran una ruda carga para Valeria. El día en que se reanudó el relato de este drama promovido por uno de esos acontecimientos que hacen en la vida el oficio de la campana que convoca á las desgracias, Valeria había subido á casa de Isabel para entregarse á aquellas buenas elegías con que las mujeres procuran suavizar y hacer más soportables los mil contratiempos de la vida.

—Isabel, amor mío, esta mañana tener que distraer á Crevel dos horas, es bien aplastante. ¡Oh! ¡de qué buena gana te enviaría en mi lugar.

—Desgraciadamente, eso no puede ser—dijo Isabel sonriendo.—Yo moriré virgen.

—¡Tener que entregarme á dos ancianos! ¡Hay momentos en que me avergüenzo de mí misma! ¡Ah! ¡si mi pobre madre me viese!

—Tú me tomas por Crevel—respondió Isabel.

—Dime que no me desprecias, mi querida Bel.

—¡Ah! ¡si yo hubiese sido bonita, cuántas aventuras hubiera tenido!—exclamó Isabel.—Ya estás justificada.

—Pero tú sólo hubieras escuchado á tu corazón — dijo la señora Marneffe suspirando.

—¡Bah!—respondió Isabel.—Marneffe es un muerto á quien se han olvidado enterrar, el barón es algo así como tu marido y Crevel es tu adorador; yo te veo perfectamente en regla.

—Querida mía, no es de ahí de donde proviene mi dolor, tú no quieres entenderme.

—¡Oh! sí—exclamó la loresna,—lo que tú dices que no entiendo, forma la segunda parte de mi venganza. ¿Qué quieres?... ya trabajo para ello.

—¡Amar á Wenceslao con locura, y no lograr siquiera verle!—dijo retorciéndose los brazos.—Hulot le propone que venga á comer á casa y el artista se niega. ¡Ese monstruo de hombre no sabe que es idolatrado! ¿Qué es su mujer? un buen bocado, sí, es hermosa; pero yo lo comprendo, no valgo lo que ella.

—No tengas cuidado, hijita mía, ya vendrá—le dijo Isabel con el tono con que hablan las nodrizas á los niños que se impacientan.—Yo lo quiero, y vendrá...

—¿Pero cuándo?

—Tal vez esta semana.

—Déjame abrazarte.

Como se ve, aquellas dos mujeres eran una sola persona: todos los actos de Valeria, hasta los más torpes, sus placeres, sus enfados, se decidían después de maduras deliberaciones entre ellas.

Isabel, extraordinariamente cambiada en medio de aquella vida, aconsejaba á Valeria en todo y proseguía el curso de sus venganzas con implacable lógica. Por otra parte, adoraba á Valeria, á la que había convertido en su hija, en su amiga, en su amor: hallaba en ella la obediencia de las criollas y la molición de la voluptuosa. La solterona hablaba con ella todas las mañanas con más placer que con Wenceslao. Ambas podían reirse de sus comunes malicias y de la estupidez de los hombres y recontar juntas los crecientes intereses de sus respectivos tesoros. Isabel había encontrado, además, en su empresa y en su nueva amistad pasto para su actividad en mucha mayor abundancia que en su insensato amor por Wenceslao. Los goces del odio satisfecho son los más ardientes y los más fuertes. El amor es, en cierto modo, el oro, y el odio el hierro de esa mina de sentimientos que existe en

nosotros. En fin, Valeria ofrecía á Isabel esa belleza que ella adoraba como se adora todo lo que no se posee, belleza más manejable que la de Wenceslao, que había sido siempre para ella frío é insensible.

Al cabo de tres años escasos, Isabel empezaba á ver los progresos del trabajo de zapa subterráneo en que consumía su vida y empleaba su inteligencia. Isabel pensaba, y la señora Marneffe obraba. La señora Marneffe era el hacha, é Isabel era la mano que la manejaba, y la mano demolía á aquella familia que cada vez le era más odiosa, pues se odia cada vez más, como se ama cada día más cuando se ama. El amor y el odio son sentimientos que se alimentan por sí mismos; pero, de los dos, el odio tiene vida más larga. El amor tiene por límite fuerzas limitadas, y saca su poder de la vida y de la prodigalidad; el odio se parece á la muerte, á la avaricia; es, en cierto modo, una abstracción activa de los seres y de las cosas. Isabel, entregada á la vida que le era propia, desplegaba en ella todas sus facultades y reinaba á la manera de los jesuitas, con poder oculto. Por eso era completa la regeneración de su persona. Su cara resplandecía. Isabel soñaba con ser la mariscal Hulot.

Esta escena en que las dos amigas se decían crudamente sus menores pensamientos sin andarse en rodeos, tenía lugar precisamente al volver del mercado, adonde Isabel había ido para preparar los elementos de una buena comida. Marneffe, que codiciaba la plaza del señor Coquet, lo recibía con la virtuosa señora Coquet, y Valeria esperaba que Hulot tratase aquella misma noche de la dimisión del jefe de oficina. Isabel se vestía para ir á casa de la baronesa, donde comía aquel día.

—¿Volverás para servirnos el té, Bel mía?—le preguntó Valeria.

—Así lo espero.

—¿Cómo que lo esperas? ¿has llegado acaso á acostarte con Adelina para beber sus lágrimas mientras duerme?

—¡Si eso fuese posible, no diría que no!—respondió Isabel riéndose.—Ella expía ahora su dicha, y yo, que soy feliz, recuerdo mi infancia. A cada uno lo suyo. Ella se verá su vida en el lodo, y yo, ¡yo seré condesa de Forzheim!...

CAPÍTULO XVII

El balance de la mujer legítima

Isabel se encaminó hacia la calle Plumet, adonde iba hacia algún tiempo, como se va al teatro, á saciarse de emociones.

La habitación escogida por Hulot para su mujer consistía en una grande y vasta antesala, un salón dormitorio con gabinete tocador. El comedor era lateralmente contiguo al salón. Dos cuartos para criados y una cocina, situados en el tercer piso, completaban este albergue, digno aun de un consejero de Estado, director de Guerra. El palacio, el patio y la escalera eran majestuosos. La baronesa, obligada á amueblar su salón, su cuarto y el comedor con las reliquias de su esplendor, había tomado lo mejor de los despojos del palacio de la calle de la Universidad. Por otra parte, la pobre mujer amaba aquellos testigos mudos de su dicha, que tenían para ella una elocuencia casi consoladora. Entreveía en sus recuerdos flores, como veía en aquellas alfombras rosetones apenas visibles para los demás.

Entrando en la vasta antesala donde doce sillas, un barómetro, una gran estufa y largas cortinas de indiana blanca bordada de rojo recordaban las horribles antesalas de los ministerios, el corazón se oprimía, pues se presentía la soledad en que aquella mujer vivía. El dolor, lo mismo que el placer, se crea atmósfera propia. A la primera mirada dirigida al interior de una casa, se sabe si reina en ella el amor ó la desesperación. Se hallaba Adelina en un inmenso dormitorio amueblado con hermosos muebles de Jacobo Desmalters, de caoba guarnecida con adornos del Imperio, aquellos bronceos que han hallado medio de ser más fríos que los cobres de Luis XVI, y se estremecía uno al ver á aquella mujer sentada en un sofá romano, ante la esfinge de una mesa de labor, que había perdido sus colores, que afectaba una alegría engañosa y que conservaba su aire imperial, como sabía conservar la bata de terciopelo azul que se ponía en su casa. Aquella alma altiva sostenía el cuerpo y mantenía la belleza. Al final del primer año de su destierro en aquella habitación, la baronesa había medido su desgracia en toda su extensión.

—Relegándome aquí, mi Héctor me ha hecho la vida aun más hermosa que lo hubiera sido la de una pobre aldeana—se dijo ella.—Me quiere así: hágase su voluntad. Yo soy la baronesa Hulot, la cuñada de un mariscal de Francia, no he cometido nunca la menor falta, mis dos hijos están establecidos y puedo esperar la muerte envuelta en los velos immaculados de mi pureza de esposa, en el crespón de mi evaporada dicha.

El retrato de Hulot, pintado por Roberto Lefebvre, en 1810, en uniforme de comisario ordenador de la guardia imperial, se veía sobre la mesa de labor en que Adelina escondía una *Imitación de Jesucristo*, que era su lectura habitual, tan pronto como le anunciaban alguna visita. Aquella Magdalena irreprochable, también escuchaba la voz del Espíritu Santo en su destierro.

—Marieta, hija mía—dijo Isabel á la cocinera que fué á abrirle la puerta,—¿cómo va mi buena Adelina?

—¡Oh! bien, al parecer, señorita; pero aquí, entre nosotras, he de decirle que creo que si persiste en sus ideas, se matará—dijo Marieta á Isabel al oído.—A decir verdad, debería usted animarla á que hiciese otra vida. Ayer la señora me dijo que le diese por la mañana diez céntimos de leche y un panecillo, y que le sirviese, para comer, ya un arenque ó bien un poco de carne fiambre, ordenándome que cociese una libra para toda la semana, exceptuados los días en que haya gente á comer... No quiere gastar más que cincuenta céntimos diarios para su alimentación, y esto no es razonable. Si yo le hablase de este lindo proyecto al señor mariscal, podría malquistarse con el señor barón y desheredarlo, mientras que usted, que es tan buena y tan astuta, sabrá arreglar las cosas de otro modo.

—Pero ¿por qué no se dirige usted á mi prima?—dijo Isabel.

—¡Ah! mi querida señorita, hace unos veinticinco días que no ha venido. En fin, desde que estuvo usted aquí la última vez, no ha venido. Además, la señora me ha amenazado con despedirme si le pido dinero al señor. Pero, ¡ah! respecto á penas, ya lo creo que las ha tenido la pobre señora. Esta es la primera vez que el señor la olvida tanto tiempo... Cada vez que llamaban se asomaba á la ventana... pero desde hace cinco días no se levanta del sofá. ¡Está leyendo! Cada vez que va á casa de la señora condesa, me

dice: «Marieta, si viene el señor, dígame que estoy en casa, y envíe al portero á buscarme, que ya le pagaré yo la carrera en coche.»

—¡Pobre prima!—dijo Bel.—Eso me parte el corazón. Todos los días le hablo de ella á mi primo, pero ¿qué quiere usted? él me contesta: «Tienes razón, Bel, soy un miserable. Mi mujer es un ángel y yo soy un monstruo... Iré mañana...» Y sigue en casa de la señora Marneffe. Esa mujer le arruina y él la adora y no vive más que á su lado. Yo hago lo que puedo. Si yo no estuviese allí, si yo no tuviese conmigo á Maturina, el barón habría gastado el doble, y como no tiene casi nada, se habría levantado la tapa de los sesos. Y mire usted, Marieta, de ocurrir esto, estoy segura que Adelina se moriría de pena. Así al menos yo procuro ahorrar lo posible é impido que mi primo gaste demasiado.

—¡Ah! eso es lo que dice la pobre señora, que ya conoce los favores que le debe—respondió Marieta.—El otro día me decía que la había juzgado á usted mal durante mucho tiempo.

—¡Ah!—exclamó Isabel,—¿y no le dice á usted más que esto?

—No, señorita; si quiere usted darle gusto, háblele del señor. Ella la considera á usted feliz porque usted puede verle todos los días.

—¿Está sola?

—No, dispense, está el mariscal. ¡Oh! viene todos los días, y ella le dice siempre que ha visto al señor por la mañana y que se retira muy tarde por la noche.

—¿Y tenemos hoy buena comida?—preguntó Bel.

Marieta dudaba si responder y apenas se atrevía á sostener la mirada de la lorenesa, cuando la puerta del salón se abrió y el mariscal Hulot salió tan precipitadamente que saludó á Bel sin mirarla, al mismo tiempo que dejaba caer unos papeles. Bel recogió aquellos papeles y corrió hacia la escalera, pues era inútil llamar á un sordo; pero hizo de modo que no pudiese alcanzar al mariscal, y, al volver, leyó furtivamente lo que sigue, escrito con lápiz:

«Mi querido hermano: Mi marido me ha dado el dinero del gasto para el trimestre; pero mi hija Hortensia se hallaba en tal apuro, que le presté la suma entera, la cual bastó apenas para que saliese del paso. ¿Puede usted prestar...

algunos centenares de francos? No quiero volver á pedirle dinero á Héctor, porque un reproche suyo me haría de masiado daño.»

—¡Ah!—pensó Isabel—¡qué apurada debe estar cuando se ha decidido á dar este paso!

Isabel entró, sorprendió á Adelina llorando, y abrazándose á su cuello le dijo:

—Adelina, querida mía, el mariscal, que corría como un galgo, iba tan emocionado, que ha dejado caer este papel... ¿Ese malvado Héctor no te ha dado dinero desde?...

—No, me lo ha dado puntualmente—respondió la baronesa;—pero Hortensia lo ha necesitado, y...

—Y tú no tenías con qué darnos de comer—dijo Bel interrumpiendo á su prima.—Ahora ya comprendo el aire embarazado de Marieta cuando yo le hablaba de la comida. Adelina, estás haciendo la chiquilla. Mira, déjame que te dé mis economías.

—No, gracias, mi buena Bel—respondió Adelina enjugándose las lágrimas.—Este apuro es momentáneo y ya he buscado medios de salir de él. Mis gastos en lo sucesivo serán de dos mil cuatrocientos francos anuales, incluido el alquiler, y yo los tendré. Sobre todo, Bel, ni una palabra á Héctor. ¿Está bueno?

—¡Oh! ya lo creo; alegre como unas castañuelas, y no piensa más que en su hechicera Valeria.

La señora Hulot miraba en este momento un gran pino que se veía desde su ventana, é Isabel no pudo leer nada de lo que expresaban los ojos de su prima.

—¿Le has dicho que era hoy el día en que comíamos todos aquí?

—Sí, pero ¡bah! la señora Marneffe da una gran comida, y como espera tratar de la dimisión del señor Coquet, la comida ha de ser antes que todo. Mira, Adelina, escúchame: ya conoces mi carácter feroz en lo que atañe á independencia. Tu marido, querida mía, te arruinará seguramente. Yo he creído poder seros útil á todos en casa de esa mujer, pero es una criatura tan depravada, que logrará de tu marido cosas capaces de deshonorarnos á todos.

Adelina hizo el movimiento de una persona que recibiese una puñalada en el corazón.

—Sí, mi querida Adelina, estoy segura de ello y me creo en el deber de desengañarte. Ahora bien, pensemos en el

porvenir. El mariscal es viejo, pero aun vivirá mucho; tiene un buen sueldo, y á su viuda, si él llegase á morir, le quedaría una pensión de seis mil francos. Con esta suma yo me comprometería á manteneros á todos. Emplea tu influencia con el buen hombre para que se case conmigo. No hago yo esto porque desee ser la señora mariscal, pues me preocupan tanto estas cosas como la conciencia de la señora Marneffe; pero así tendréis todos pan, y digo todos porque veo que Hortensia carece de él cuando tú tienes que darle el tuyo.

El mariscal se presentó: el veterano había corrido de tal modo, que venía enjugándose la frente con el pañuelo.

—Le he entregado dos mil francos á Marieta—le dijo á su cuñada al oído.

Adelina se puso roja como un tomate. Dos lágrimas humedecieron sus pestañas y estrechó silenciosamente la mano del anciano, cuya fisonomía expresaba la dicha de un amante feliz.

—Adelina, quería hacerle á usted un regalo con esa suma, así es que en lugar de devolvérmela, escoja usted misma lo que más le guste.

Dicho esto, el anciano tomó la mano que le tendía Isabel, y estaba tan distraído en medio de su goce, que se la besó.

—Eso promete—dijo Adelina á Isabel, sonriendo lo más que podía sonreír.

En este momento llegaron Hulot joven y su mujer.

—¿Come mi hermano con nosotros?—preguntó el mariscal con sequedad.

Adelina tomó un lápiz y escribió en una hoja de papel estas palabras:

«Lo espero, porque esta mañana me ha prometido comer aquí; pero si no viniese, sería porque lo habría retenido el mariscal, que lo tiene agobiado de trabajo.»

Y le presentó el papel. Adelina había inventado esta manera de conversar con el mariscal, y para ello tenía siempre hojas de papel y un lápiz preparados sobre su mesa de labor.

—Ya sé que está agobiado de trabajo con eso de Argelia.

Hortensia y Wenceslao entraron en este momento, y la baronesa, al verse junto á su familia, dirigió al mariscal una mirada que sólo fué comprendida por Isabel.

La felicidad había embellecido al artista, adorado por su mujer y mimado por el mundo. Su cara se había llenado

casi, y su elegante talle ponía de relieve las ventajas que la sangre da á todos los verdaderos hidalgos. La gloria prematura, la importancia y los engañosos elogios que el mundo dirige á los artistas le daban aquella conciencia de su valor que degenera en fatuidad cuando el talento se va. La cruz de la Legión de honor completaba á sus propios ojos al gran hombre que él se creía ser.

Después de tres años de matrimonio, Hortensia estaba con su marido como un perro con su amo, respondía á todos sus movimientos con una mirada que parecía una interrogación, tenía siempre fijos en él los ojos y enterneecía con su admiradora abnegación. Se reconocía en ella el genio y los consejos de su madre. Su belleza, que seguía siendo igual, estaba entonces alterada poéticamente por las dulces sombras de una oculta melancolía.

Al ver entrar á su prima, Isabel pensó que la queja contenida hacía ya tiempo iba á romper la débil envoltura de la discreción. Desde los primeros días de la luna de miel, Isabel había juzgado que el joven matrimonio tenía rentas demasiado pequeñas para tan gran pasión.

Al besar á su madre, Hortensia cambió con ella de boca á oído y de corazón á corazón algunas frases cuyo secreto fué comprendido por Bel, á causa de los movimientos de cabeza de que fué acompañado.

—Adelina va á trabajar como yo para vivir—pensó Bel. —Quiero que me ponga al corriente de lo que hará. Esos bonitos dedos sabrán al fin, como los míos, lo que es el trabajo obligado.

A las seis, la familia pasó al comedor, donde Héctor tenía puesto su cubierto.

—Déjelo usted—dijo Adelina á Marieta,—el señor viene á veces tarde.

—¡Oh! mi padre vendrá—dijo Hulot hijo á su madre.—Me lo ha prometido en la Cámara al separarnos.

Como una araña en el centro de su tela, Isabel observaba todas las fisonomías. Después de haber visto nacer á Hortensia y á Victorino, sus ojos eran para ella como cristales á través de los cuales leía en sus jóvenes almas. Ahora bien, por ciertas miradas que dirigió Victorino á su madre, Bel adivinó alguna desgracia próxima á caer sobre Adelina, desgracia que Victorino no se atrevía á revelar. El joven abogado estaba triste por dentro, y en el dolor con que contem-

plaba á su madre, se echaba de ver la veneración que sentía por ella. Hortensia estaba evidentemente preocupada con sus propias penas, é Isabel sabía hacia ya quince días que la recién casada empezaba á sentir las primeras inquietudes que causa la falta de dinero á las gentes honradas y á las mujeres jóvenes á quienes la vida ha sonreído siempre y que procuran ocultar sus angustias. Así es que desde el primer momento la prima Bel comprendió que la madre no le había dado nada á la hija. La delicada Adelina había, pues, recurrido á las falaces palabras que la necesidad sugiere al que pide prestado. La preocupación de Hortensia, la de su hermano y la profunda melancolía de la baronesa hicieron la comida triste, sobre todo si se tiene en cuenta el frío que le comunicaba la sordera del anciano mariscal. Tres personas animaban la escena: Isabel, Celestina y Wenceslao. El amor de Hortensia había desarrollado en el artista la animación polaca, aquella vivacidad del espíritu gascón y aquella atractiva turbulencia que distingue á estos franceses del norte. Su estado de ánimo y su fisonomía decían claramente que creía en sí mismo, y que la pobre Hortensia, fiel á los consejos de su madre, le ocultaba todos los tormentos domésticos.

—Debes ser muy feliz—dijo Isabel á su primita al levantarse de la mesa.—Ya sé que tu mamá te ha sacado de apuros dándote su dinero.

—¡Mamá!—respondió Hortensia asombrada.—¡Oh! padre, mamá, yo que quisiera saber hacer dinero para ella. Isabel, ¿no lo sabes? Pues bien, tengo la horrible sospecha de que trabaja en secreto.

En este momento atravesaban el gran salón obscuro y sin luces siguiendo á Marieta, que llevaba el quinqué del comedor al dormitorio de Adelina, y Victorino tocó el brazo de Isabel y á Hortensia. Comprendiendo ambas la significación de aquel gesto, dejaron á Wenceslao, al mariscal, á Celestina y á la baronesa ir al dormitorio, y permanecieron agrupados en el alféizar de una ventana.

—¿Qué hay, Victorino?—dijo Isabel.—Apuesto á que algún otro desastre de tu padre.

—¡Ay de mí!—sí, respondió Victorino.—Un usurero llamado Vauvinet tiene letras de cambio de mi padre por valor de sesenta mil francos y quiere perseguirle. Yo he querido hablarle de este deplorable asunto en la Cámara, pero él

ha querido comprenderme y casi ha huido de mí. ¿Se lo diremos á mamá?

—No, no—dijo Isabel,—tiene demasiadas penas y le darías un golpe mortal. Vosotros no sabéis cómo está. A no ser por vuestro tío, hoy no hubierais podido comer aquí.

—¡Ah! Dios mío, Victorino, somos unos monstruos—dijo Hortensia á su hermano.—Isabel nos comunica lo que nosotros hubiéramos debido adivinar ya. Esta comida me ahoga.

Hortensia no acabó, y poniéndose el pañuelo en la boca para amortiguar el sonido de un sollozo, rompió á llorar.

—Le he dicho á ese Vauvinet que viniese á verme mañana—repuso Victorino continuando;—pero ¿se contentará con mi garantía hipotecaria? no lo creo. Esas gentes quieren dinero contante, para ejercer con él la usura.

—Vendamos nuestra renta—dijo Isabel á Hortensia.

—¿Y qué serían quince ó diez y seis mil francos, haciendo falta sesenta mil?—dijo Victorino.

—¡Querida prima!—exclamó Hortensia abrazando á Isabel con el entusiasmo de un amor puro.

—No, Isabel, guarde usted su fortuna—dijo Victorino después de haber estrechado la mano á la lorenese.—Yo veré mañana lo que desea ese hombre, y si mi mujer lo consiente, yo sabré impedir y retardar las persecuciones, pues sería horrible ver atacar la consideración de mi padre. ¿Qué diría el ministro de la Guerra? El sueldo de mi padre, empeñado desde hace tres años, no quedará libre hasta el mes de diciembre; de modo que no hay medio de ofrecerles garantía. Ese Vauvinet ha renovado tres veces las letras de cambio, figuraos las sumas que ha pagado de intereses. Hay que buscar medio de cerrar ese abismo.

—¡Si la señora Marneffe quisiese abandonarle!—dijo Hortensia con amargura.

—¡Ah! Dios nos libre—dijo Victorino,—mi padre buscaría tal vez otra, mientras que con esa los gastos más considerables están ya hechos.

¿Qué cambio el de aquellos hijos, tan respetuosos antes con su padre, por quien la esposa les había hecho sentir una adoración absoluta! Lo tenían ya juzgado.

—A no ser por mí—observó Isabel—vuestro padre estaría aún más arruinado de lo que está.

—Vámonos allá—dijo Hortensia,—pues mamá es astuta y

sospecharía algo. Como dice nuestra buena Isabel, ocultémoselo todo, estemos alegres.

—Victorino, usted no sabe á dónde les llevará su padre con su afición á las mujeres—dijo Isabel.—Piensen ustedes en asegurarse rentas casándome con el mariscal. Deberían ustedes hablarle de ello esta misma noche, para lo cual ya me marcharé yo temprano expresamente.

Victorino entró en el cuarto.

—Bueno, hijita mía—dijo Isabel en voz baja á su primita, —¿y tú cómo harás?...

—Ven á comer con nosotros mañana, y hablaremos—respondió Hortensia.—No sé cómo arreglármelas; tú, que entiendes en las dificultades de la vida, me aconsejarás.

Mientras que toda la familia reunida procuraba imbuir al mariscal la idea del matrimonio, y mientras Isabel volvía á la calle de Vanneau, ocurría allí uno de esos acontecimientos que estimulan la energía del vicio en las mujeres como la señora Marneffe, obligándolas á desplegar todos los recursos de la perversidad. Reconozcamos por lo menos este hecho constante: en París, la vida está demasiado ocupada para que las gentes viciosas hagan el mal por instinto; lo único que hacen es defenderse con la ayuda del vicio de todas las agresiones de que son objeto.

CAPÍTULO XVIII

Un aparecido con rentas

La señora Marneffe, cuyo salón estaba lleno de los habituales concurrentes, había armado ya las partidas de whist, cuando el criado, militar retirado que le había sido propuesto por el barón, anunció:

—El señor barón Montes de Montejanos.

Al oír este nombre, Valeria sintió una violenta conmoción en el corazón; pero se repuso de pronto y se encaminó á la puerta gritando:

—¡Mi primo!

Y una vez junto al brasileño, le dijo al oído:

—Pasa por pariente mío, ó todo ha acabado entre nosotros. ¡Hola!—repuso en voz alta llevando al brasileño hacia

la chimenea—¿conque no has naufragado, como me habían dicho, haciendo que te llorase tres años?

—Buenos días, amigo mío—dijo el señor Marneffe tendiéndole la mano al brasileño, cuyo porte era el de un verdadero brasileño millonario.

El señor barón Enrique Montes de Montejanos, dotado por el clima ecuatorial del físico y del color que nosotros atribuimos todos al Oteló del teatro, asustaba con su aire sombrío, efecto puramente plástico, pues su carácter, lleno de dulzura y de suavidad, le predestinaba á la explotación que las mujeres débiles practican con los hombres fuertes. El desdén que expresaba su cara, el poder muscular que denotaba su estatura y todas sus fuerzas, sólo se desplegaban con los hombres, adulación dirigida á las mujeres y que éstas saborean con tanta embriaguez, que las gentes que dan el brazo á sus queridas afectan todos aires de matón. Soberbiamente vestido con una levita azul con botones de oro, pantalón negro, botas finas de irreprochable brillo y guantes, el barón no tenía de brasileño más que un enorme diamante de unos cien mil francos, que brillaba como una estrella en una suntuosa corbata de seda azul que resaltaba en la abertura del chaleco blanco, entreabierto de modo que dejaba ver una camisa de finísima tela. La frente, bombeada como la de un sátiro, signo de testarudez en la pasión, estaba provista de una cabellera negra y tupida como un bosque virgen, bajo la cual chispeaban dos ojos claros y salvajes capaces de hacer creer que la madre del barón había tenido miedo de algún jaguar cuando estaba embarazada de él.

Este magnífico ejemplar de la raza portuguesa del Brasil, se colocó de espaldas á la chimenea en una postura que denotaba costumbres parisienses, y con el sombrero en una mano y el brazo apoyado en el terciopelo de una mesita, se inclinó hacia la señora Marneffe para hablar con ella en voz baja, preocupándose muy poco de las personas que tan inoportunamente á su juicio llenaban el salón.

Esta entrada en escena, aquella postura y el aire del brasileño, determinaron dos movimientos de curiosidad mezclada de angustia, enteramente iguales en Crevel y el barón. Se notó en uno y otro la misma expresión, el mismo presentimiento, y la actitud de aquellas dos pasiones reales llegó á ser tan cómica, que hizo sonreír á la gente que tenía bastante talento para ver en aquello una revelación. Crevel, que

seguía siendo tendero á pesar de su calidad de alcalde de París, permaneció más tiempo que su colaborador en aquella situación, y el barón pudo coger al vuelo la involuntaria revelación de Crevel, la cual fué una flecha más clavada en el corazón del enamorado anciano, que resolvió tener una explicación con Valeria.

—Esta noche es preciso acabar de una vez—se dijo también Crevel arreglando las cartas.

—Tiene usted oros—le gritó Marneffe,—y acaba usted de hacer un renuncio.

—¡Ah! dispense usted—respondió Crevel queriendo recoger la carta.—Ese barón me parece que está aquí de sobra—continuó, hablando para sus adentros.—Que Valeria viva con el barón, es mi venganza, y yo ya sabré el medio de desembarazarme de él cuando quiera; pero ¡ese primito!... es un barón de más; y como no quiero ser engañado, he de saber cómo y por dónde es pariente suyo.

Aquella noche, por una de esas casualidades que sólo les ocurren á las mujeres bonitas, Valeria estaba admirablemente vestida. Su blanco pecho brillaba á través de una blonda cuyos tonos rojos realzaban el satén mate de esos hermosos hombros de las parisenses que saben (se ignora por qué procedimientos) tener hermosas carnes y permanecer esbeltas. Vestida con un traje de terciopelo negro que parecía próximo á cada instante á dejar sus hombros, estaba peinada con un gusto exquisito. Sus brazos, lindos y gordos á la vez, salían de unas mangas forradas de encajes. En una palabra, que se parecía á una de esas ricas frutas instaladas con gusto en una hermosa fuente y que dan dentera hasta al acero del cuchillo que las corta.

—Valeria—decía el brasileño á la joven al oído,—vuelvo siéndote fiel. Mi tío ha muerto, y soy dos veces más rico que cuando me marché. Quiero vivir y morir en París, á tu lado y para ti.

—Habla más bajo, Enrique, por favor.

—¡Ah! ¡bah! aunque tuviese que arrojar á toda esa gente por la ventana, quiero hablarte esta noche, sobre todo después de haber pasado dos días buscándote.

Valeria sonrió á su pretendido primo y le dijo:

—Piense usted que debe pasar por hijo de una hermana de mi madre, que se casó con su padre durante la campaña de Junot en Portugal.

—Yo, Montes de Montejanos, biznieto de uno de los conquistadores del Brasil! ¡mentir yo!

—Más bajo, ó no volvemos á vernos nunca más.

—¿Y por qué?

—Porque Marneffe, como los moribundos que tienen un último capricho, se siente apasionadísimo por mí.

—¿Ese lacayo?—dijo el brasileño, que conocía muy bien á Marneffe.—Ya le pagaré.

—¿Qué violencia!

—Pero, oye, ¿de dónde te proviene este lujo?—dijo el brasileño, que acabó por notar la suntuosidad del salón.

Valeria se echó á reír y le dijo:

—Eso es de muy mal tono, Enrique.

La señora Marneffe acababa de recibir dos miradas prefiadas de celos que la habían impresionado hasta el punto de obligarle á mirar á las dos almas en pena. Crevel, que jugaba contra el barón y contra el señor Coquet, llevaba por compañero á Marneffe, y la partida se igualó á causa de las repetidas distracciones de Crevel y el barón, los cuales cometieron falta tras falta. Estos dos enamorados ancianos confesaron en un momento la pasión que Valeria había logrado tener oculta durante tres años; bien es verdad que ella no había sabido tampoco disimular la alegría que le producía el volver á ver al hombre que primero había hecho latir su corazón, al objeto de su primer amor. Los derechos de estos felices mortales viven tanto como la mujer que se los ha concedido.

Entre estas tres pasiones, apoyada la una en la insolencia del dinero, la otra en el derecho de posesión y la última en la juventud, la fuerza y la primacía, la señora Marneffe permaneció tranquila y serena, como el general Bonaparte cuando en el sitio de Mantua tuvo que responder á dos ejércitos deseando continuar el bloqueo de la plaza. Los celos, dibujándose en la cara de Hulot, le hicieron parecer tan terrible como el difunto mariscal Montcornet cuando daba una carga de caballería contra un cuadro ruso. En su calidad de hombre guapo, el consejero no había conocido nunca los celos, del mismo modo que Murat desconocía ese sentimiento llamado miedo. Siempre se había creído seguro del triunfo. Su derrota con Josefa, que era la primera de su vida, era atribuída por él á la sed del dinero, y siempre que hablaba de ello decía que había sido vencido por un

millón y no por un aborto, como llamaba al duque de Herouville. Los filtros y los vértigos que derrama á torrentes ese sentimiento loco llamado celos acababan de penetrar en un instante en su corazón. El anciano Héctor se volvía desde la mesa de whist hacia la chimenea con movimientos á lo Mirabeau, y cuando dejaba las cartas para abrazar con provocativa mirada al brasileño y á Valeria, los concurrentes del salón sentían ese temor mezclado de curiosidad que inspira una violencia que amenaza estallar de un momento á otro. El falso primo miraba al consejero de Estado como hubiera examinado un objeto raro. Aquella situación no podía durar sin que produjese un ruidoso desenlace. Marneffe temía al barón Hulot tanto como Crevel temía á Marneffe, pues se había aferrado á la idea de no morir siendo subyefe. Los moribundos creen en la vida como los forzados en la libertad. Aquel hombre quería ser jefe de negociado á toda costa. Justamente asustado de la pantomima de Crevel y del consejero de Estado, se levantó, le dijo una palabra al oído á su mujer, y con asombro de los concurrentes, Valeria se fué á su dormitorio con el brasileño y con su marido.

—¿Le ha hablado á usted alguna vez de ese primo la señora Marneffe?—preguntó Crevel al barón Hulot.

—Nunca—respondió el barón levantándose.—Basta por esta noche—añadió,—ahí van los dos luises que pierdo.

Y arrojando dos monedas de oro sobre la mesa, fué á sentarse en un diván, en una actitud que todo el mundo interpretó como un aviso para que se fuesen. Los señores Coquet, después de haber cambiado algunas palabras, abandonaron el salón, y Claudio Vignon, desesperado, hizo lo propio. Estas dos salidas arrastraron á las personas inteligentes que creyeron estar de sobra. El barón y Crevel se quedaron solos sin decirse una palabra. Hulot, que acababa por no ver á Crevel, se fué de puntillas á escuchar á la puerta del cuarto, y dió un prodigioso salto atrás cuando Marneffe abrió la puerta y se presentó con frente serena asombrado de no encontrar más que dos personas.

—¿Y el té?—preguntó.

—¿Dónde está Valeria?—le respondió el barón furioso.

—¿Mi mujer?—replicó Marneffe.—Ha subido á casa de su prima y volverá en seguida.

—¿Y por qué nos ha dejado plantados por esa estúpida?

—No, no ha sido por eso—dijo Marneffe,—es que la señorita Isabel ha llegado de casa de su señora con una especie de indigestión, y como Maturina ha venido á pedirle té á Valeria, ésta ha ido á ver lo que tiene su señora prima.

—¿Y el primo?

—Se ha marchado.

—¿De veras?—preguntó el barón.

—Yo mismo le he acompañado hasta el coche—replicó Marneffe con atroz sonrisa.

En este momento se oyó el rodar de un coche en la calle de Vanneau. El barón, contando á Marneffe por cero, salió y se fué á casa de Isabel. En aquel momento acudía á su cabeza una de esas ideas que se le ocurren á uno cuando el corazón está incendiado por los celos. Conocía de tal modo la bajeza de Marneffe, que supuso innobles connivencias entre la mujer y el marido.

—Pero ¿qué ha sido de esos señores y de esas damas?—preguntó Marneffe al verse solo con Crevel.

—Cuando el sol se pone, las gallinas se van á su gallinero. La señora Marneffe ha desaparecido, y sus adoradores se han marchado. Le propongo á usted una partida de *piquet*—añadió Crevel, que quería quedarse.

El también creía que el brasileño estaba en la casa. El señor Marneffe aceptó. El alcalde era tan astuto como el barón: podía permanecer en la casa indefinidamente jugando con el marido, el cual, desde la supresión de los juegos públicos, se contentaba con los mezquinos juegos de sociedad.

El barón Hulot subió rápidamente á la casa de su prima Bel; pero encontró la puerta cerrada, y las preguntas ordinarias que se hacen á través de la puerta emplearon bastante tiempo para permitir á mujeres astutas que dispusiesen la comedia de una indigestión. Isabel sufría tanto, que inspiraba á Valeria los más vivos temores; así es que Valeria apenas hizo caso de la rabiosa entrada del barón. La enfermedad es uno de los parapetos que las mujeres ponen más frecuentemente entre ellas y la tormenta de una disputa. Hulot miró á todas partes á hurtadillas, no vió en el cuarto de la prima Bel ningún lugar propio para esconder á un brasileño, y dijo examinando á la solterona, que estaba completamente buena y que procuraba imitar el ruido de las convulsiones del estómago cuando bebía el té:

—Bel, tu indigestión dice mucho bueno de la comida de mi mujer.

—Ya ve usted qué suerte la de que nuestra querida Bel esté en mi casa, pues á no ser por mí, la pobre muchacha estaría muerta—dijo la señora Marneffe.

—Parece que me cree usted completamente sana—repuso Isabel dirigiéndose al barón,—y eso sería una infamia.

—¿Por qué?—preguntó el barón.—¿Sabe usted, pues, la causa de mi visita?

Y esto diciendo, miraba de soslayo á la puerta de un gabinete tocador cuya llave había sido quitada de la cerradura.

—¿Habla usted en griego?—respondió la señora Marneffe con una expresión desgarradora de ternura y de fidelidad.

—Sí, primo querido; por usted, por usted me hallo en este estado—dijo Isabel con energía.

Este grito distrajo la atención del barón, el cual miró á la solterona con profundo asombro.

—Ya ve usted si le querré, que estoy aquí—repuso Isabel.—Empleo las últimas fuerzas de mi vida en velar por los intereses de usted, al velar por los de nuestra querida Valeria. Su casa le cuesta diez veces menos cara que otra casa que estuviese montada como la suya. Primo mío, á no ser por mí, en lugar de dos mil francos al mes, tendría usted que dar tres ó cuatro mil.

—Ya sé todo eso—respondió el barón con impaciencia.—Usted nos protege de muchas maneras—añadió yendo al lado de la señora Marneffe y cogiéndola por el cuello;—¿no es verdad, hermosa mía?

—A fe—dijo Valeria,—si no le creo á usted loco.

—Bueno, usted no duda de mi afecto—repuso Isabel;—pero yo quiero también á mi prima Adelina, y la he encontrado anegada en llanto porque hace un mes que no le ha visto. No, eso no está bien. Usted deja sin dinero á mi pobre Adelina. Su hija Hortensia ha estado á punto de morir al saber que hemos comido hoy gracias á su hermano. Hoy no había pan en su casa. Adelina ha tomado la resolución heroica de arreglarse por su cuenta, y me ha dicho: «Haré como tú.» Estas palabras me han oprimido de tal modo el corazón después de comer, que al pensar lo que era mi prima en 1811 y lo que es en 1841, al cabo de treinta años, se me ha cortado la digestión. He querido vencer el mal, pero al llegar aquí creí morir.

—Valeria—dijo el barón,—ya ve hasta donde me lleva mi adoración por usted; hasta á cometer crímenes domésticos.

—¡Oh! ¡qué razón he tenido en permanecer soltera!—exclamó Isabel con salvaje energía.—Usted es un hombre bueno y excelente; Adelina es un ángel, y he aquí la recompensa de un cariño ciego.

—Un ángel viejo—dijo dulcemente la señora Marneffe dirigiendo una mirada medio cariñosa y medio risueña á su Héctor, que la contemplaba como contempla un juez de instrucción á un presunto reo.

—¡Pobre mujer!—dijo el barón.—Hace ya más de nueve meses que no le he entregado dinero, y lo encuentro para usted, Valeria, ¡y á qué costa! Nunca será usted amada de este modo por nadie. Y ¡qué penas me da usted en cambio!

—¿Penas? ¿pues á qué llama usted dicha?

—Yo no sé aún cuáles han sido sus relaciones con ese pretendido primo, de quien no me había usted hablado nunca—repuso el barón sin hacer caso de las palabras pronunciadas por Valeria;—pero, cuando ha entrado, he recibido como una puñalada en el corazón. Aunque no veo claro, no soy ciego, y he leído en sus ojos y en los de él. En fin, de las pupilas de aquel mono se desprendían destellos que reflejaban en usted, cuya mirada... ¡Oh! nunca me ha mirado usted á mí de ese modo. Respecto á ese misterio, Valeria, ya se descubrirá. Usted es la única mujer que me ha hecho conocer los celos; así es que no se asombre de lo que le diga. Pero otro misterio que ha salido hoy á la superficie y que me parece una infamia...

—¡Adelante, adelante!—dijo Valeria.

—Es que Crevel, esa masa informe de carne y estupidez, le ama á usted, y usted acoge sus galanterías con bastante benevolencia para que ese necio haya dejado ver su pasión á todo el mundo...

—Y van tres! ¿no ve usted ningún otro más?—preguntó la señora Marneffe.

—Tal vez los haya—dijo el barón.

—Si el señor Crevel me ama, está en su derecho; pero que fuese yo favorable á su pasión, sería cosa de una coqueta ó de una mujer á quien dejaría usted mucho que desear... Pero, en fin, ámeme usted con mis defectos, ó déjeme. Si usted me devuelve mi libertad, ni usted ni el señor Crevel

volverán aquí, y tomaré á mi primo para no perder las encantadoras costumbres que usted me atribuye. Adiós, señor barón Hulot.

Y dicho esto se levantó; pero el consejero de Estado la cogió por un brazo y la hizo sentarse. El anciano no podía ya reemplazar á Valeria, que era para él una necesidad más imperiosa que las necesidades de la vida, y por lo tanto prefirió permanecer en la incertidumbre que adquirir la más ligera prueba de la infidelidad de Valeria.

—Pero, mi querida Valeria, ¿no ves que estoy sufriendo? ¿Qué más deseo yo sino que te justifiques, que me presentes algún argumento en tu favor?

—Pues bien, vaya á esperarme abajo, porque supongo que no querrá usted asistir á los diferentes cuidados que exige el estado de su prima.

Hulot se retiró lentamente.

—Viejo libertino—exclamó la prima Bel,—¿no me pide siquiera noticias de sus hijos?... ¿Qué hará usted por Adelina?

—Por de pronto, mañana le llevaré mis economías.

—A la mujer propia se le debe al menos el pan cotidiano—dijo la señora Marneffe sonriéndose.

El barón, sin ofenderse del tono de Isabel, que le reprendía tan duramente como Josefa, se fué, como hombre satisfecho de poder evitar una pregunta importuna.

Una vez echado el cerrojo, el brasileño salió del gabinete en que esperaba y se presentó con los ojos arrasados en lágrimas, en un estado que daba lástima. Evidentemente Montes lo había oído todo.

CAPÍTULO XIX

Escenas de alta comedia femenina

—Ya no me amas, Enrique, lo veo—dijo la señora Marneffe tapándose la cara con el pañuelo y rompiendo á llorar.

Este era el grito del amor verdadero. El clamor de desesperación de la mujer es tan persuasivo, que arranca el pecho que hay en el fondo del corazón de todos los enamorados cuando la mujer es joven y bonita.

—Pero, ¿por qué no lo deja usted todo por mí, si me ama?—preguntó el brasileño.

Este natural de América, lógico como lo son todos los hombres criados en la naturaleza, continuó la conversación en el punto donde la habían dejado, volviendo á coger por el tallo á Valeria.

—¿Por qué?—dijo ella levantando la cabeza y mirando á Enrique á quien dominó con una mirada cargada de amor.

—Pero, gatito mío, porque soy casada, porque estamos en París y no en las sabanas, en las pampas, en las soledades de América. Mi buen Enrique, mi primero y único amor, escúchame. Mi marido, sencillo subjefe del ministerio de la guerra, quiere ser jefe de negociado y oficial de la Legión de honor, ¿y puedo yo impedirle que tenga ambición? Pues por la misma razón que nos dejaba enteramente libres á nosotros dos (pronto hará cuatro años, ¿te acuerdas, granuja?) hoy Marneffe me impone al señor Hulot. No puedo deshacerme de ese horrible administrador que sopla como una foca, que tiene patillas en las narices y sesenta y tres años, que desde hace tres ha envejecido diez años más queriendo ser joven, que me es odioso y que al día siguiente que Marneffe sea jefe de negociado y oficial de la Legión de honor...

—¿Cuánto más tendrá de sueldo tu marido?

—Mil escudos.

—Se los daré en renta vitalicia—respondió el barón Montes,—dejemos París y vayámonos.

—¿A dónde?—dijo Valeria haciendo una de esas bonitas muecas con las cuales las mujeres se mofan de los hombres de quienes están seguras.—París es el único sitio donde podemos vivir felices. Me interesa demasiado nuestro amor para que lo vea disminuir estando solos en un desierto; escucha, Enrique, tú eres el único hombre á quien he amado en el mundo, escribe eso en tu cráneo de tigre.

Las mujeres persuaden siempre á los hombres á quienes han convertido en corderos siendo leones, y que tienen un carácter de hierro.

—Ahora, escúchame bien: el señor Marneffe no vivirá cinco años, está gangrenado hasta la médula de los huesos; de los doce meses del año, siete se los pasa bebiendo tisanas, drogas y viviendo entre la franela; en fin, como dice el médico, tiene suspendida la guadaña de la muerte sobre su